

mesmo temor, y preguntado, por qué temia habiendo vivido con tanta inocencia, respondió, que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres. Y no es ménos temeroso el ejemplo que Sant Joan Climaco, varon sanctísimo, escribe de otro sancto monje, el cual (por ser cosa mucho para notar) referiré aquí por sus mismas palabras (a). Un religioso (dice él) que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitarias, el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte, donde Elias en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monges Anacoretas, que viven en soledad. Y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vino de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él ahí dos discípulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda. Y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia pues ántes de su muerte súbitamente quedó atónito, y teniendo los ojos abiertos, miraba á la una parte del lecho, y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así cierto, mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia: No es así, mentis, no hice falsa cosa. Otras decia: Así es verdad, mas lloré, y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decia: Verdaderamente me acusais, así es, y no tengo que decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! ¿Qué será de mí? Pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud, en algunos de sus pecados decia que no tenia que responder, el cual habia cuarenta años que era monje, y habia alcanzado gracia de lágrimas. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este padre en el yermo, daba de comer á un leon pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término, y cuál la sentencia de su causa. Hasta aquí son palabras de Sant Joan Climaco, las cuales asaz declaran cuánto deban temer esta salida en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen; arrepentimientos allí no aprovechan; oraciones allí no se oyen; promesas para adelante allí no se admiten; tiempo de penitencia allí no se da; porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay mas tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linage, y favor del mundo, mucho ménos aprovecharán, porque, como dice el sabio (f): No aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola librárá de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se ve cercada de tantas angustias, ¿qué hará, sino decir con el profeta (g): Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado? ¡Oh miserable de mí, y en qué

(a) Capit. 7. en la 2.ª p. del cap. (b) Capit. 16, 17 et 18.

tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos. Y como quiera que en todo tiempo temen los secretos juicios deste tan justo juez, entónces señaladamente los temen, cuando se llegan ya á pagar la comun deuda de la naturaleza humana, y se ven acercar á la presencia de su juez. Y crece aun este temor, cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne, porque en este tiempo cesan los vanos pensamientos y fantasías de la imaginacion, y ninguna cosa deste siglo se representa al que está ya casi fuera del siglo. De manera que entónces los que están muriendo, solamente miran á sí, y á Dios, ante quien se hallan presentes, y todo lo demas (como ya no necesario) vienen á echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendian, temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendian, porque no saben juzgarse ni conocerse perfectamente. Y por esto al tiempo de la salida, son combatidos con mayores y mas secretos temores, porque ven que de ahí á un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuánto mas para temer sea esta cuenta y esta hora, de lo que los hombres mundanos imaginan.

Pues si tan riguroso es este juicio, y si tanto y con tanta razon le temieron los sanctos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son? ¿Los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades? ¿Los que tantas veces despreciaron á Dios? ¿Los que tan olvidados vivieron de su salud, y tan poca cuenta tuvieron para aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así estremece el cedro del monte Lybano? Y si, como dice Sant Pedro (c), el justo apenas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parecerá? Dime pues: ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida, entres en aquel divino juicio, solo, pobre, y desnudo, sin mas valedores que tus buenas obras, y sin mas compañía que la de tu propia conciencia? Y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable. Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¿cuáles serán entonces los desmayos de tu corazon? ¿Cuán confuso te hallarás, y cuán arreputado? Grande fué el desmayo de los príncipes de Judá (d) cuando vieron la espada vencedora de Sesach, rey de Egipto, volar por las plazas de Hierusalem (e), cuando por la pena del castigo presente conocieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto en comparacion de la confusion en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen; arrepentimientos allí no aprovechan; oraciones allí no se oyen; promesas para adelante allí no se admiten; tiempo de penitencia allí no se da; porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay mas tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linage, y favor del mundo, mucho ménos aprovecharán, porque, como dice el sabio (f): No aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola librárá de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se ve cercada de tantas angustias, ¿qué hará, sino decir con el profeta (g): Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado? ¡Oh miserable de mí, y en qué

(c) 1 Petr. 4. (d) 5. Reg. 14, v. 25. (e) 2. Par. 12. (f) Prov. 11. (g) Psal. 114.

cercado me han puesto agora mis pecados! ¡Cuán súbitamente me ha salteado esta hora! ¡Cuán sin pensarlo se ha llegado! ¡Qué me aprovechan agora todas mis honras y dignidades pasadas! ¡Qué todos mis amigos y criados! ¡Qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues agora me han de hacer pago con siete piés de tierra, y con una pobre mortaja! Y lo que peor es, que las riquezas han de quedar acá para que las desperdicien otros, y los pecados que hice en mal ganarlas han de ir conmigo allá, para que lo pague yo. ¿Qué me aprovechan otrósi agora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron, y no quedan agora mas que las heces dellos, que son los escrúpulos, y el remordimiento de la consciencia, las espinas que atraviesan agora mi corazon, y para siempre lo atormentarán? ¿Cómo no aparejé para esta hora? ¿Cuántas veces me avisaron desto, y me hice sordo? ¿Por qué aborrescí la disciplina, y no quise obedecer á mis maestros, ni hice caso de las voces de los que me enseñaban (a)? En todo género de pecados he vivido en medio de la iglesia, y del pueblo.

Estas pues serán las ansias, las congojas, y las consideraciones de los malos en esta hora. Pues porque tú hermano mio, no te veas en este aprieto, ruégote agora quieras de todo lo que hasta aquí está dicho, considerár y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea, considerar que tan grande ha de ser la pena que á la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que heciste contra Dios. El segundo, que tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linage de penitencia desearás allí hacer, si para esto se te diese tiempo; porque de tal manera trabajes por vivir agora, como entónces desearás haber vivido.

#### CAPITULO VIII.

Del octavo título por donde el hombre está obligado á virtud, por causa de la segunda postrimeria, que es el juicio final.

Despues de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y despues deste, el universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el apóstol (b): Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo. Y porque de las señales terribles que han de preceder á este juicio, y de toda la historia del tratamiento en otro lugar (c); al presente no diré mas que del rigor de la cuenta que se ha de pedir en él, y lo que despues della se ha de seguir, para que por aquí vea el hombre cuánta obligacion tiene á la virtud.

Lo primero es tanto para sentir, que una de las cosas de que aquel sanctísimo Job mas se maravillaba, es ver cómo siendo el hombre una criatura tan liviana y tan mal inclinada, se pone un tan grande Dios en tanto rigor con ella, que no hay palabra, ni pensamiento, ni movimiento desordenado que no lo tenga escrito en los libros y procesos de su justicia para pedir dello muy menuda cuenta. Y así prosigue él á la larga esta materia, diciendo (d): ¿Por qué, Señor, escondes tu cara de mí, y me tratas como á enemigo? ¿Por qué quieres declarar la grandeza de tu poder contra una hoja que se mueve á cada viento, y persigues una paja tan liviana? ¿Por qué escribes en tus libros contra mí las penas amarguísimas con que me has de castigar, y quieres consumirme por

(a) Prov. 5. (b) 2. Cor. 5. (c) Libro de la Oracion en la consideracion del jueves en la noche. (d) Job. 15.

los pecados de mi mocedad? Pusiste mis piés en un cepo (prendiendo mis apetitos con la ley de tus mandamientos), y miraste con grande atencion todas las sendas de mi vida, y consideraste el rastro de mis pisadas, siendo yo como una cosa podrida, que dentro de sí se está consumiendo, y como una vestidura que se gasta con la polilla. Y prosiguiendo la misma materia añade luego y dice así (e): El hombre nascido de mujer vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanece en un mismo estado. Y con ser el hombre este, ¿tienes por cosa digna de tu grandeza traer los ojos tan abiertos sobre todos los pasos de su vida, y ponerte con él á juicio? ¿Quién puede hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo? Todas estas palabras, dice el sancto Job, maravillándose grandemente de la severidad de la Divina justicia para con una criatura tan frágil, tan mal inclinada, y que tan fácilmente bebe los pecados como agua. Porque si este rigor fuera con los ángeles (que son criaturas espirituales y muy perfectas), no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas, que no se les disimule una sola palabra ociosa, ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepaja toda admiracion. Porque ¿á quién no espantan aquellas palabras del Salvador (f): En verdad, os digo, que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta el dia del juicio? Pues si destas palabras (que á nadie hacen mal) se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es verdad (como lo es), ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea menos de lo que es? ¿Cuán asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal dia habló sin propósito? ¿A quién no pone en admiracion esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamas pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de una aguja? ¡Oh alteza de la religion cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta que pides, y con cuan riguroso juicio la examinas!

¿Cuál será tambien la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenian encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron dende sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus consciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo el mundo? Pues ¿quién tendrá la consciencia tan limpia que no comience dende agora á mudar los colores, y temer esta vergüenza? Porque si descubrir el hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesion, es cosa tan vergonzosa, que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios, y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el profeta dice (g): Darán voces á los montes, diciendo: ¡Oh montes! caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos, donde nunca mas parezcamos con tan grande vergüenza y confusion.

¿Pues qué será sobre todo esto esperar el rayo de aque-

(e) Job. 14. (f) Matt. 12. (g) Osee. 10.

lla sentencia final, que dirá (a): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos, dice el sancto Job (b), oír la mas pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza? Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mismo Job (c), tañian aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus dias y horas en deleites. Esta caída escribe Sant Joan en el Apocalipsi por estas palabras (d): Vi (dice él) un ángel que decendia del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacia resplandecer toda la tierra, y dió una grande voz diciendo: cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, y es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios, y de todas las aves sucias y abominables. Y añade luego el Sancto Evangelista, diciendo: Que tomó el ángel una gran piedra de molino, y dejándola caer desde lo alto en la mar, dijo: con este impetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo, y nunca mas volverá á ser. Desta manera, pues, caerán los malos en aquel despeñadero, y en aquella cárcel de tinieblas y confusion, que son aquí entendidos por Babilonia.

Mas ¿qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí padecerán (e)? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas que nunca se apagarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la consciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crugir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Escrituras divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperacion y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con sospiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando siempre del juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá su desastrada suerte y su desdichado nascimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con muy diferente corazon (f): Perezca el dia en que nací, y la noche en que fué dicho: concebido es este hombre. Aquel dia se vuelva en tinieblas; no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbré. Escurézcanlo las tinieblas y sombra de muerte; sea lleno de oscuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los dias ni de los meses del año. ¿Por qué no metomé la muerte en el vientre de mi madre? ¿Por qué luego como acabé de nacer no perecí? ¿Por qué me recibieron en el regazo? ¿Por qué me dieron leche á los pechos? Esta será la música, estas las canciones, estos los maitines continuos que aquellos malaventurados eternalmente cantarán. ¡Oh desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oídos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ninguno otro refrigerio tendréis sino llamas! ¿Cuáles estarán entonces los que toda su vida gasta-

(a) Matt. 22. (b) Job. 28, in fine. (c) Job. 21. (d) Apoc. 18. (e) Isai. 66, et Marci. 9. Ezech. 7. Matt. 8 et 13. et cap. 22, et c. 24. et c. 25. et Luc. 13. (f) Job. 3.

ron en deleites y pasatiempos? ¡Oh cuán breve delectacion hizo tan larga sogá de miserias! ¡Oh locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan agora todos aquellos pasatiempos de que tan poco espacio gozastes, pues agora eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas (g)? ¿Dónde están vuestros tesoros? ¿Dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse los siete años de fertilidad, y sucedieron otros siete de tanta esterilidad, que se tragarón toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni memoria (h). Pereció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélagó de dolor. A tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta (i). Y no solo no os aprovechará esa prosperidad, mas ántes esa es una de las cosas que mas cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job (k): conviene á saber, que la dulcedumbre de los malos vendría á parar en gusanos, cuando, como declara Sant Gregorio (l), la memoria de los deleites pasados les haga sentir mas el amargura de los dolores presentes, acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que agora se ven, y como por lo que tan presto se acabó, padescen lo que nunca se acabará. Entónces claramente conoscerán la burla del enemigo, y caidos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la Sabiduria (m): ¡Desventurados de nosotros! ¡Cómo se ve agora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbré de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. Estas serán las querellas, este el arrepentimiento, esta la penitencia perpetua que allí los malaventurados harán, la cual nada les aprovechará; porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Todas estas cosas bien consideradas son un grande estímulo y despertador de la virtud, y así por este medio nos incita muchas veces á ella el bienaventurado Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homilías, donde dice así (n): Porque trabajes que tu ánima sea templo y morada de Dios, acuérdate de aquel terrible y espantoso dia en que todos habemos de asistir ante el trono de Cristo, para dar razon de todas nuestras obras (o). Mira, pues, de la manera que este Señor viene á juzgar vivos y muertos. Mira cuantos millares de ángeles le vienen acompañando, y haz cuenta que tus oídos oyen ya el sonido de aquella temerosa voz de Cristo que ha de sentenciar al mundo; mira cómo despues desta sentencia unos son echados en las tinieblas exteriores, otros despedidos de las puertas del cielo, despues del mucho trabajo de su virginidad; otros atados como haces de mala yerba, son lanzados en el fuego, y otros entregados al gusano que nunca muere, y al perpetuo llanto y crugir de dientes. Pues siendo esto así, ¿por qué no clamaremos agora con el profeta, diciendo (p): ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche? Por tanto, venid agora, hermanos, que es tiempo, y prevengamos al juez con la confesion de nues-

(g) Sap. 5. (h) Genes. 41. (i) Luc. 16. (k) Job. 24. (l) Lib. 15. Mor. cap. 26. et lib. 16, cap. 31. (m) Sap. 5. (n) 2. Cor. 5. (o) Chrys. in Ps. 7. circa med. et deinceps, et tom. 2 ex cap. 25. Math. hom. 79 ex c. 16. hom. 56. et tom. 5. ex c. 5. Ioann. hom. 58. et in imper. hom. 19. Matt. 15 et 25. (p) Hierem. 9.

tras culpas, pues está escrito (a): En el infierno, Señor, ¿quién se confesará á tí?

Miremos atentamente que nos dió nuestro Señor dos ojos, dos oídos, dos piés y dos manos, por donde si perdemos el uno destos miembros, con el otro nos remediamos; pero ánima no nos dió mas que una, pues si esta se condena, ¿con qué viviremos aquella inmortal y gloriosa vida? Tengamos, pues, sumo cuidado della, pues ella es la que juntamente con el cuerpo ha de ser juzgada ó defendida, y la que ha de parecer ante el tribunal de Cristo, donde si te quisieres escusar, diciendo que los dineros te engañaron, responderte ha el juez, que ya te habia él avisado, diciendo (b): ¿Qué aprovecha al hombre alcanzar el señorío de todo el mundo, si viene á perder su ánima y padecer detrimento en sí mismo? Si dijeres: el diablo me engañó, decirte ha él tambien, que no le aprovechó á Eva decir (c): La serpiente me engañó.

Lee las Escrituras sagradas y mira como el profeta Hieremías vió primero una vara que velaba (d), y despues una gran caldera de metal puesta sobre las brasas, que hervia, para darnos á entender de la manera que procede Dios con el hombre primero amenazando, y despues castigando. Mas el que no quisiere recibir la correccion de la vara que amenaza, padecerá despues el tormento de la caldera que hierve. Lee tambien las escrituras del Evangelios y ahí verás como nadie ayudó á todos aquellos que por el Señor fueron condenados: no hermano á hermano, ni amigo á amigo, ni hijo á padre, ni padre á hijo. ¿Mas qué digo destos, que son hombres pecadores, pues ni aunque venga Noé, Daniel y Job, serán poderosos para mudar la sentencia del juez (e)? Si no mira tú aquel que fué desechado del convite de las bodas, cómo ninguno habló palabra por él (f). Mira tambien cómo nadie rogó por aquel que habia recibido el talento de su Señor, y no quiso negociar con él (g). Mira otrosi las cinco vírgenes despedidas de las puertas del cielo, sin que nadie abogase por ellas, las cuales Cristo llamó locas, porque despues de haber despreciado los deleites de la carne, y mortificado el fuego de la concupiscencia, en cabo fueron tenidas por locas; porque habiendo guardado el consejo grande de la virginidad, no guardaron el mandamiento pequeño de la humildad, pues se ensoberbecieron con la gloria de su virginidad. Tambien habrás oido cómo aquel ricoavariento (h) que nunca tuvo compasion de Lázaro, estando ardiendo en el lugar de la venganza, deseó una gota de agua, y no por eso el sancto patriarca quiso mitigar con tan pequeño socorro el tormento de su pasion. Pues siendo esto así, ¿por qué no nos ayudáremos con caridad unos á otros? ¿Por qué no darémos gloria á Dios ántes que se nos ponga el sol de justicia, y se nos cierre el dia? Mejor es traer aquí un poco la lengua seca á poder de ayunos, que trayéndola contenta y regalada desear allí una gota de agua y no alcanzarla. Y si somos tan delicados que apenas podemos sufrir aquí una calentura de tres dias, ¿cómo sufriremos allí el fuego de una eternidad? Si nos espanta una sentencia de muerte de un juez de la tierra que nos priva de cuarenta ó cincuenta años de vida; ¿cómo no temerémos la sentencia de aquel juez que priva de la vida perdurable? Espántanos ver algunas maneras de justicias rigorosas que se hacen acá en la

(a) Paul. 6. (b) Math. 16. Marc. 8. Luc. 9. (c) Genes. 3. (d) Hierem. 1. (e) Ezech. 44. (f) Math. 22. (g) Math. 25. (h) Luc. 16.

tierra contra los malhechores, cuando vemos cómo los verdugos los llevan por fuerza, cómo los azotan, descoyuntan, desmiembran, despedazan y abrasan con planchas de fuego. ¿Pues qué es todo esto sino risa y sombra en comparacion de los tormentos de la otra vida? Porque todo esto finalmente con la vida se acaba; mas allí, ni el gusano muere, ni la vida fenescé, ni el atormentador se cansa, ni el fuego se apagará jamas. De manera que todo cuanto quisieres comparar con estas penas, sea fuego, sea hierro, sean bestias, sea otro cualquier tormento, todo es como sueño y sombra en su comparacion.

Pues los malaventurados que despedidos de aquellos tan grandes bienes fueren condenados á estos males, ¿qué harán? ¿qué dirán? ¿cómo se acusarán? ¿cómo gemirán y sospirarán? Y todo en vano. Porque ni los marineros despues de sumido el navío sirven para nada, ni los médicos despues que el enfermo acabó la vida. Pues entónces vendrán (aunque tarde) á caer en la cuenta de sus yerros, y allí será decir: esto ó lo otro nos convenia hacer, y bien fuimos muchas veces avisados dello y no nos aprovechó. Porque tambien entónces los judíos conoscerán al que vino en el nombre del Señor; mas no les aprovechará este conocimiento, porque no lo tuvieron en su tiempo. Mas ¿qué podremos (¡miserables de nosotros!) alegar en este dia, cuando el cielo y la tierra, y el sol y la luna, los dias y las noches, y todo el mundo estará dando voces contra nosotros, y testificando nuestros males? ¿Y dónde (aunque todas las cosas callen), nuestra mesma consciencia se levantará contra nosotros y nos acusará? Quasi todas estas son palabras de Sant Crisóstomo, por las cuales verá el hombre el temor que debe siempre tener deste dia, si se halla alcanzado de cuenta. Así muestra que lo tenia Sant Ambrosio (aunque estaba tan bien apercebido) el cual escribiendo sobre Sant Lúcas, dice así: ¡Ay de mí, si no llorare mis pecados! ¡ay de mí, si no me levantara á la media noche á confesar, Señor, tu sancto nombre! ¡ay de mí, si engañare á mi prójimo! ¡si no hablare verdad! porque ya está puesto el cuchillo á la raíz del árbol. Por tanto trabajo por dar fructo el que pudiere, de gracia, y el que es deudor de penitencia. Porque el Señor está cerca, que viene á buscar el fructo, el cual dará vida á los fieles trabajadores, y condenará á los estériles y negligentes.

#### CAPITULO IX.

Del noveno título que nos obliga á la virtud, que es la tercera de nuestras posimerias, la cual es la gloria del paraíso.

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazon humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no ménos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del paraíso. Donde se nos ofrescen dos cosas señaladas que considerar: la una es la hermosura y excelencia deste lugar (que es el cielo Empireo) y la otra es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y quanto á lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riquezas deste lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía por algunas conjeturas podremos como de léjos barruntar algo de lo que esto es.